

nalgas con una férula) por parte de la educadora, la señorita Lambercier, era pedagógico: corregir al pequeño infractor. Empero, el resultado fue por completo inesperado, el cual no escapó a la percepción de Rousseau, quien apreció haber experimentado los efectos del castigo “en sentido opuesto a lo que debía resultar de él naturalmente”.

El castigo de la señorita Lambercier excitó sexualmente al chico, de suerte que ahí localiza Rousseau el derrotero que tomaría el ejercicio de su sexualidad: “definió mis gustos, mis deseos, mis pasiones para el resto de mi vida”. ¿Qué de esa vivencia con la señorita Lambercier pudo resultar tan determinante como para marcar a Rousseau para el resto de su vida en sus gustos, deseos y pasiones?

Un elemento se vuelve clave: la espera del castigo. Toda vez que la educadora descubrió al niño cometiendo una tontería y lo advierte del castigo a que se ha hecho merecedor, no le pega de inmediato. Lo cual coloca a Jean-Jacques en la angustiada espera de recibir el castigo. Para su sorpresa, tras de que la señorita Lambercier ejecutó la punición, la acción le pareció al niño “menos terrible de sufrir que cuanto lo había sido la espera”.

La espera había sido un sufrimiento terrible; lo esperado resultó “menos terrible”. Assoun advierte que no se trataría del mero alivio experimentado porque el niño esperaba lo peor y a fin de cuentas no fue así.

Lo que ocurrió a Rousseau fue que encontró placer donde no se lo esperaba: en el dolor de los golpes. Hubo un inesperado pasaje de la angustia expectante a un “curioso placer”; la angustia se transformó en placer. “El masoquista —afirma Assoun— es un activo nostálgico de aquella ‘primera vez’ en que se halló en situación de padecer. Aspira a ‘volver a pasar por ello’” (2005, p. 21).



Título: *Flor de ti*, Técnica: Acrílico y plumón sobre cartón
Medidas: 70x60cm, 2016

¿Y qué es aquello por lo que el masoquista aspira a volver a pasar? Aquello que la angustia le había hecho temer y que ahora convoca su deseo: los golpes. “Yo había encontrado en el dolor, incluso en la vergüenza, una mezcla de sensualidad que me dejaba más deseo que temor de sentirla de nuevo por la misma mano”, revela Rousseau. Según se observa, dolor-

vergüenza-sensualidad-deseo de repetición, se entrelazan en los afectos del placer masoquista.

Todavía más, Rousseau explicita cómo desde su ligazón amorosa con aquella mujer que le había impuesto el castigo a los 8 años, buscaba la repetición de ese placer con otras mujeres: “Estar en el regazo de un ama imperiosa, obedecer sus órdenes, pedirle perdón, eran para mí goces dulcísimos”.

“Lo que ha sucedido —indica Assoun— es tan fisiológico como psíquico, es la psique convertida en fisiología”. El término freudiano de “coexcitación libidinal” explica esta conversión: al comienzo había dolor, y mientras se realiza la operación, nace un placer despertado por coexcitación. Esta coexcitación se produce como efecto perverso y suplemento de placer lateral del dolor. La interacción entre psique y fisiología puede apreciarse en su esplendor.

El propio Freud advierte que desde las Confesiones de Rousseau se reconoce la estimulación dolorosa de la piel de las nalgas como una zona erógena de la pulsión pasiva a la crueldad (del masoquismo). Es sobre la base de la excitación físico-biológica (golpes, irritación de la piel) que se desencadena y encadena ese fenómeno propiamente psíquico que es la pulsión.

Tenemos, pues, que de la angustia franca se pasa a una angustia erotizada. Y que de los

golpes en el cuerpo (displacer) se activa un deseo del retorno del castigo como búsqueda de placer. Destaquemos el masoquismo como uno de los fenómenos que revela con particular luz la intimidad entre el cuerpo y el alma.

Una vez puestos sobre la mesa estos elementos acerca del placer masoquista que se entrama con un inicial dolor en el cuerpo, intentemos, circunscribiéndonos al Proyecto freudiano, bordear un avistamiento posible de ese placer por el dolor, bajo el entendido explicitado por Strachey de que si bien se trata de un documento neurológico, en él se encuentra el núcleo de ulteriores teorías psicológicas de Freud.

Partamos del acento puesto en el Proyecto en el efecto del ambiente sobre el organismo y en la reacción de este frente a él. Para nuestro tema ubiquemos la escena de la “primera vez” masoquista: el cuerpo del pequeño Jean-Jacques recibe un estímulo externo doloroso y reacciona con una excitación sexual.

Freud formula que el dispositivo normal del sistema de neuronas (sistema de naturaleza biológica) radica en apartar de fi (las neuronas de la periferia), y aún más de psi (neuronas en contacto con el interior del cuerpo), las grandes cantidades exteriores. Esto se resume en la inclinación del sistema de neuronas a huir del dolor. El dolor se traduce en un fracaso del dispositivo estructurado



para evitarlo. En términos cuantitativos, el dolor es la irrupción de grandes cantidades hacia psi.

Dentro del aparato, el sistema de neuronas psi resulta el más afectado por la irrupción del “más imperioso de todos los procesos”: el dolor. Sin impedimento de conducción, esas grandes cantidades de elevado orden someten a las neuronas psi al carácter de pasaderas, de suerte que el dolor, nos dice Freud, deja como secuela en psi facilitaciones duraderas.

Recordemos que Freud adscribe a las neuronas psi el ser las portadoras de la memoria, la cual está constituida por los distingos dentro de las facilitaciones entre estas neuronas. Y al parecer el dolor provoca un distingio facilitador de índole particular. Ahora bien, en una definición de la memoria, Freud la describe como: “el poder de una vivencia para seguir produciendo efectos.” (1979, p. 345). En el caso Rousseau se observa que la vivencia con la señorita Lambercier adquirió tal poder mnémico en el entonces niño que siguió produciendo efectos en verdad duraderos: “definió mis gustos, mis deseos, mis pasiones para el resto de mi vida”

¿A qué obedece ese poder? Considerando que en el Proyecto una de las “ambiciones” de Freud es introducir un enfoque cuantitativo a la teoría del funcionamiento psíquico, la respuesta lógica no puede ser otra más que en términos de cantidad. La

memoria entendida como el poder de una vivencia para seguir produciendo efectos, tiene sus fuentes en: a) la magnitud de la impresión; b) la frecuencia de la impresión.



Título: *La escalera*, Técnica: acrílico sobre MDF
Medidas: 50x40cm, 2013

El segundo factor parecería desecharse en el ejemplo de Rousseau, quien en su relato aclara que la señorita Lambercier no era una educadora que abusara del castigo hacia los niños. No habría frecuencia de la impresión, pues. Por lo contrario, se infiere que hasta evitó castigar a Jean-Jacques al percibir la excitación de éste (erección). Entonces, es en la magnitud de la impresión donde habría que rastrear la clave. Empero, las cosas no son simples. Esa magnitud no parece localizarse en el golpe físico provocador de dolor. Al menos la magnitud no fue demasiado elevada, si recapitulamos en que a Rousseau la ejecución del castigo le pareció “menos

terrible de sufrir”. Menos terrible, sí, “que cuanto lo había sido la espera”.

Entonces, las grandes cantidades (Q) que irrumpieron hacia psi no provinieron tanto del estímulo externo del azote en las nalgas, sino de... la espera. Assoun destaca este aspecto, el cual: “nos sitúa en el tiempo de la angustia revertida [...] en goce” (p. 21). Y agrega: “Tal será de ahora en más la modalidad temporal del encuentro estructurador de la temporalidad masoquista”. Esta modalidad temporal masoquista, “tiempo mortificante” (Assoun), tiene un efecto angustiante para el sujeto, una irrupción displacentera que encuentra su descarga en la realización del castigo. En esa descarga por la ejecución del acto punitivo se genera la transformación de la angustia en placer. “Con esto –asevera Assoun– la espera se vuelve promesa, dirigida ahora a la repetición de las deliciosas sevicias”.

A la experiencia displacentera ha quedado anudado un placer que busca la repetición de aquélla. De nuevo Rousseau lo ilustra con claridad: “Yo había encontrado en el dolor, incluso en la vergüenza, una mezcla de sensualidad que me dejaba más deseo que temor de sentirla de nuevo por la misma mano”. Retengamos esta última alusión: “por la misma mano” que evoca sin rodeos a la señorita Lambercier como un objeto al que se anhela reencontrar.

Pero el tema de la transformación de displacer en placer nos coloca en las dificultades con las que Freud tropieza en el Proyecto, donde reconoce que su psicología está sometida a la ciencia natural (p. 353). En cuanto al problema de la cualidad, Freud infiere que ésta se genera en un “tercer sistema de neuronas”, las omega, y que el resultado de los estados de excitación de éstas, a raíz de la percepción, son las diferentes cualidades. En otras palabras, se trata de las sensaciones conscientes. Las neuronas omega responden a la tentativa freudiana del Proyecto de “brindar una psicología de ciencia natural”. Ya que ésta, dice Freud, reconduce toda cualidad de sensación a cantidad externa. Entonces el supuesto de un sistema de neuronas con un dispositivo capaz de mudar cantidad externa en cualidad armonizaría con la idea de la tendencia originaria a la descarga (apartamiento de cantidad). En la arquitectura del sistema, las neuronas omega son las que se mueven con menor cantidad que fi y psi. De suerte que las cualidades, a saber, las: “sensaciones que son algo otro dentro de una gran diversidad, y cuya alteridad es distinguida según nexos con el mundo exterior” (p. 352), sólo se producen donde las cantidades están desconectadas “lo más posible”. Pero aún ese algo de cantidad inviste a las neuronas omega, que así también aspirarían a la descarga.



Sin embargo, ni el carácter pasadero de omega ni su facilitación plena provienen de cantidades, que son tan pequeñas en estas neuronas. Freud recurre entonces al “oscuro concepto” (Strachey) del periodo. Concepto en verdad oscuro, pues aunque Freud atribuye a la apropiación de éste por omega el fundamento de la conciencia, no detalla en qué consiste el periodo de la excitación que en psi es monótono y en omega tiene desviaciones (producidas por los órganos de los sentidos) que llegan a la conciencia como cualidades.

Del concepto de periodo, empero, destaquemos que lo que le aporta al decurso de cantidad es el carácter de naturaleza temporal. Lo cual, forzando quizá un poco las cosas, resuena a la espera, tan significativa en la primera vez masoquista y que imprime la modalidad temporal de esta meta sexual. ¿Qué de esa vivencia con la señorita Lambercier pudo resultar tan determinante como para marcar a Rousseau para el resto de su vida en sus gustos, deseos y pasiones? Según parece, no sería tanto la magnitud de la impresión (cuando menos no el castigo físico); y ya vimos que tampoco la frecuencia (en todo caso volverla frecuente es lo que el masoquista busca en su deseo de repetición). Sería posible que obedeciera más al “tiempo mortificante” que impacta al sujeto... ¿La apropiación del periodo de excitación?



Título: Hoy, Técnica: acrílico sobre madera, Medidas: 70x50cm, 2010

Ahora bien. No perdamos de vista que el dolor por los azotes le resultó a Rousseau “menos terrible” que la espera. De ambos estímulos externos generadores de grandes cantidades, fue la espera la que irrumpió en psi provocando displacer, el cual: “sería la sensación omega frente a un acrecentamiento de quantum en psi.” (p. 356). Esto porque el nivel de investidura de omega está en proporción con psi, que a la manera de un vaso comunicante la llena, ya sea acrecentando o decreciendo su nivel, de suerte que los procesos cuantitativos en psi llegan como cualidades a la conciencia. “Placer y displacer serían las sensaciones [...] del nivel propio en omega”.

Entonces, el acrecentamiento cuantitativo de presión en psi llegó como cualidad displacentera a omega, específicamente como angustia. Pero luego, en la ejecución del castigo, acto en el que esperaba otra irrupción de grandes cantidades, el pequeño Jean-Jacques encontró un “curioso placer”. No hubo más incremento de cantidad, sino descarga. “Placer sería la sensación de descarga”, asevera Freud. En la “primera vez” masoquista hay una secuencia esperapunición. Ambos, en los términos cuantitativos del Proyecto, entrarían en la línea del dolor. Pero la segunda no recarga todavía más el sistema, sino que, “menos terrible”, sirve a la descarga de la primera, produciendo una sensación consciente de placer.

Aquí podría inferirse el punto de la transformación de angustia (displacer) en “curioso placer”. ¿El sujeto no busca huir del dolor, sino, por lo contrario, la repetición de la vivencia dolorosa? ¿Cuál? ¿La del sufrimiento “terrible” de la espera o la “menos terrible” del castigo? Desde esta lectura del Proyecto la balanza parecería inclinarse por otorgarle mayor peso a la segunda. Pero si así fuese, y dado que ésta produjo un “curioso placer”, ¿cómo se sostendría la idea de que el masoquista busca el placer por el dolor?

Me parece difícil ensayar una respuesta. Muchas interrogantes quedan al aire. Provisionalmente se me ocurren un par:

¿Qué huellas quedan en la memoria? ¿Sólo cantidad? ¿Qué es lo que queda en la memoria y que va a inscribirse en el plano de la repetición? El caso Rousseau pone en evidencia que no es la magnitud del dolor la que marca la vía que seguirá el ejercicio de la sexualidad del masoquista, sino que se trata de una vivencia individual en la que el “tiempo mortificante” y el vínculo con el objeto ubicado en el lugar del sádico (con complicidad o no de éste), le otorgan su peculiaridad a esta meta sexual que en principio se contrapone a la tesis freudiana que postula que “de la vivencia de dolor resulta una repulsión” (p. 367). Assoun visualiza aquí una característica masoquista. El masoquismo, nos advierte Assoun, pone en función su propia versión de economía psíquica: “dolor y displacer” no sólo como “alarmas”, sino también como fines. 🌀

Referencias

- Assoun, P. L. (2005). Lecciones psicoanalíticas sobre masoquismo. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud, S. (1979). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (Traduc.), Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. 1, págs. 323- 446). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo Original publicado en 1950)

